

Historia de un desatraso

Lucy Nieto de Samper

Publicado en las Lecturas Dominicales del Tiempo.

4 de Octubre de 2007.

En ceremonia familiar, en la Casa de Nariño, el presidente Álvaro Uribe condecoró al ex embajador Gustavo Vasco con la Gran Cruz de San Carlos, Orden creada para exaltar a ciudadanos que se distinguen por servicios prestados al país en el campo internacional. Al imponérsela, dijo el mandatario: "Nos reunimos hoy para un desatraso. Hace rato que el Gobierno ha debido condecorar a Gustavo Vasco, patriota, líder con ética, con formación académica, con brillante hoja de servicio. La demora en entregarle la Orden me ha dado el honor de imponérsela".

Abogado de la Universidad Nacional, asesor de empresas, consultor económico, presidente de aseguradoras, consejero de presidentes y ex alumno del Instituto de Ciencias Políticas de París, Gustavo Vasco, hombre frentero y seguro de sí mismo, detesta figurar, pero le gusta el debate, la confrontación, la polémica. Por eso, más de una vez estuvo en el ojo del huracán, ocupó primeras páginas y casi fue masacrado por los periodistas. Así ocurrió cuando tuvo un incidente con Daniel Samper, que prefiere no revivir pues hizo pacto de amistad con la familia. Y cuando, como Embajador en Venezuela, hizo declaraciones sobre el Golfo que allá le valieron sonoros aplausos y aquí le costaron el calificativo de traidor. La larga y movida historia de Vasco comenzó en París, donde conoció a Sylvia Moscovitz, su esposa y donde se unió al partido comunista que, bajo la guía de Maurice Thorez, crecía en Francia a raíz de la II Guerra. De nuevo en Colombia, pues los esposos Vasco sintieron la necesidad de regresar, porque venía en camino su primer hijo, el comunismo de Vasco les amargó la llegada.

"Gobernaba Rojas Pinilla, el comunismo estaba prohibido; nosperseguían, registraban nuestrascasas y por los libros y folletos que tenía me llevaron a La Modelo, una cárcel entonces no muy terrible", recuerda. "Me consideraron peligroso porque mi foto fue publicada en el periódico de Rojas, pero podía pasearme por todas partes. Mataba el tiempo leyendo y ayudando a otros presos a hacer memoriales. Todos los días iba Sylvia a llevarme el almuerzo. Estuve 3 meses preso. Próximo a salir, hubo una explosión en Cali que atribuyeron a los comunistasy negaron mi salida. Raúl Vásquez Vélez, abogado de los presos políticos, me defendió y por fin quedé libre".

¿A qué se dedicó?

Monté una oficina para ejercer mi profesión de abogado. Allá llegó Virgilio Barco a que le ayudara con un asunto de marcas. Nos hicimos amigos. A través de su hermano Jorge, ejecutivo de Bavaria, fui a trabajar con los Santo Domingo; tenía que ganarme la vida y era mejor hacerlo con gente importante. Me entendí muy bien con Julio Mario hasta el día en que le sugerí: "Venda Avianca; es mal negocio". Se enfureció conmigo y duró un mes sin saludarme. Fui 12 años presidente de Petroquímica del Atlántico, propiedad de los Santo Domingo; por 3 años presidí la Nacional de Seguros; y cuando Colseguros fue de ellos, me eligieron presidente. Solo estuve 3 meses: Julio Mario escogió a Carlos Cure.

El trago amargo lo pasó en Georgia, donde su hija. De regreso abrió otra vez su oficina. Pero, con sus amigos Julio César Sánchez y Luis Fernando Jaramillo, viajó a Washington a proponerle a Virgilio Barco, en el Banco Mundial, que fuera candidato. "Barco no quería; se resistió; fue difícil convencerlo. Al fin lo logramos. Montamos la campaña y el nombre de Barco estaba sonando, pero el ex presidente López aceptó la candidatura. Barco se retiró; no quiso enfrentarlo. Lo enfrentó Belisario Betancur y ganó. Muy cordial, me invitó a dirigir Colcultura. No acepté y el Presidente se disgustó.

¿Cómo surge Barco otra vez?

Surgió un movimiento que apoyaba su candidatura y sin saber cómo, ni cuándo, resulté director de la campaña en Medellín. En mi casa armamos el llamado sanedrín: Mario Latorre, César Gaviria, Fernando Cepeda, Eduardo Mestre. Quien más trabajó fue Mestre, pero antes de terminar la campaña se supo que recibía dinero del cartel de Cali. El ministerio que esperaba lo perdió. Luego hizo lo posible por ser designado, aspiración que también se atajó.

¿Cómo recuerda el gobierno Barco?

Fue una época muy difícil. La arremetida contra un Estado inerte, que Belisario había desarmado para pactar la tregua con las Farc, era poderosa y violenta. Barco suspendió la tregua porque las Farc la aprovecharon, como siempre, para armarse y seguir asaltando poblaciones. Entretanto, Pablo Escobar cometía toda clase de crímenes. Asesinó a Guillermo Cano; secuestró al procurador Carlos Mauro Hoyos y a Andrés Pastrana y asesinó al Procurador. Pastrana se salvó de milagro. Y comenzó la matanza diaria de policías en Medellín; Escobar pagaba 5 millones por cada muerto, mientras ponía bombas en el DAS, en un avión de Avianca, en el Centro 93. Era una guerra sin cuartel. El Partido Liberal, infiltrado de narcotráfico, estaba vuelto una miseria. En la Presidencia había un Comité de Crisis, del cual yo hacía parte, que se reunía casi a diario. Hubo días en que creímos que esto era el fin.

En medio del horror, ¿qué pudo hacer Barco?

Con el Congreso y la prensa en contra y siempre a la defensiva, no pudo hacer cuanto había programado. Pero logró resguardar las instituciones y mantener el

Estado de Derecho. Su lucha contra la pobreza absoluta fue muy valiosa. Demostró que la batalla puede ganarse con políticas públicas importantes, sin asistencialismo. Se enseñaba y se daba trabajo. Nadie ha emprendido una lucha igual. Fueron impresionantes sus intervenciones en el exterior. Era la voz clara y respetada que habló en la ONU, ante la prensa internacional, en Londres, demostrando los grandes problemas de la droga y defendiendo la imagen de Colombia. Lo aplaudieron de pie.

Siempre cerca a Barco, ayudando a aplacar la marea, a pesar de que detesta figurar, aceptó a última hora la Embajada en Venezuela. Y armó un lío de la madonna.

¿Qué sucedió en Venezuela?

Acepté la Embajada para ayudar a solucionar los problemas que causó la presencia de la corbeta 'Caldas' en el Golfo. Y en alguna ocasión fui invitado a hablar en el Centro de Estudios Estratégicos de la Presidencia. Me acompañó, como siempre, el agregado militar, quien llevó su grabadora. Dije que el tema del diferendo en el Golfo de Venezuela no es asunto que conmueva en Colombia; en cambio, en Venezuela es política pública de interés nacional. Y que manejar esa situación ha sido difícil y ha perturbado las negociaciones por la posición tan radical de Venezuela. Un periodista presente en la reunión publicó en El Universal que yo reconocía que el tema del golfo era vital para Venezuela. El canciller Julio Londoño se alarmó. Convocó a la prensa y dijo que, contraviniendo instrucciones de la Cancillería, yo había hecho un reconocimiento que pesaría mucho en futuras negociaciones. En Colombia, editorialistas, columnistas, noticieros, me dijeron hasta traidor. Envié a la Corte la grabación y la Corte falló, pero no contra mí, sino contra la prensa. Por ahí tengo el fallo. Fue un reconocimiento que no busqué.

¿En que quedó el problema del Golfo?

Nadie volvió a hablar del tema. Pero después de un homenaje al ex presidente Alfonso López en el Tequendama, se refirió a Venezuela y sin dar nombre propio hizo una crítica a mi gestión. En carta privada, le dije que era impropio cambiar la denominación: Golfo de Venezuela, así llamado en la cartografía mundial, por Golfo de Coquivacoa, como decía López. Mi carta y su respuesta se publicaron en la revista del Instituto de Ciencia Política, que fundamos con Hernán Echavarría. López dice en su carta: "En abono de las observaciones, yo, que fui quien introdujo el término Golfo de Coquivacoa en mi discurso de posesión en agosto de 1974, he prescindido de tiempo atrás en apelar a este expediente por irritante e inútil, y hablar del 'Golfo', a secas. Cada palabra tiene su oportunidad y hace rato que perdió la suya lo del Golfo de Coquivacoa".

¿Y lo del Golfo en qué quedó?

El tema, el más recurrente en las relaciones binacionales, pasó a segundo plano. Antes, el canciller Londoño tuvo el vano empeño de que Venezuela aceptara llevar el diferendo a procedimientos de solución pacífica previstos en el Sistema Interamericano, a lo cual Venezuela se ha negado rotundamente, con la salvedad de no someterse a esos procedimientos y solo aceptar arreglo directo en cuestiones que considere de interés vital. El empeño de Londoño ahondó un problema que no tenía solución. Cuando logramos quitar de la mesa de negociaciones el tema del diferendo se propusieron otros temas y se restablecieron relaciones en especial en la frontera.

¿Qué dice de las declaraciones de Pedro Gómez a Yamid Amat?

Él hace un reconocimiento similar al que hice yo en Venezuela. Si miramos el mapa, el pedazo de la Guajira colombiana que está sobre el Golfo es desértico; no hay un alma. Solo un puesto militar con unos 30 hombres, donde termina Colombia. Para Venezuela, el Golfo es centro industrial, de gran actividad económica, con la mayor población pues ahí está Maracaibo, la segunda ciudad más importante. Ahí comenzó la explotación petrolera, la riqueza venezolana. El acuerdo ha estado a un paso de resolverse desde Caraballeda. Fue aceptado por las 2 partes, pero no había ambiente político propicio. El presidente Lusinchi no tenía capacidad política para suscribir acuerdos con Colombia

¿Por qué lo dice?

Porque en Venezuela la gente cree que en toda negociación entre los 2 países, los colombianos aventajan a los venezolanos, sentimiento acogido por las Fuerzas Militares y fundamentado en lo ocurrido cuando se señalaron los límites territoriales hoy conocidos y aceptados. Entonces, los negociadores colombianos fueron a Madrid a investigar en los archivos de Indias, a estudiar mapas, a documentarse, mientras los negociadores venezolanos, y así lo recoge la historia de Venezuela, andaban en París derrochando sus jugosos viáticos. Por eso se creó en Venezuela mucha desconfianza en cuanto a negociaciones con Colombia, prevención que parte de ese hecho histórico. El acuerdo de Caraballeda lo ha depurado y dibujado milla a milla la Comisión Negociadora que Venezuela ha cambiado varias veces; aquí sigue presidiendo Pedro Gómez, mientras en Venezuela la han cambiado varias veces. El 'hervorcito' del que habla Pedro está en el interior de esa Comisión, que ya puede entregar su propuesta, con aquiescencia de las dos partes. Falta la decisión política del presidente de Venezuela para suscribir el acuerdo.

¿Qué hizo como embajador?

Primero, poner orden en la frontera. Se acabaron los conflictos fronterizos, que no eran más que peleas de cantina cuando había colombianos y venezolanos, que los reporteros convertían en conflicto internacional. Visitamos consulados; fomentamos el acercamiento de las guarniciones para intercambiar presencia en los 2 mil kilómetros de frontera. Creamos un espíritu de colaboración.

Conseguimos que las Fuerzas Militares de los 2 países no volvieran a aceptar como conflicto bilateral escaramuzas corrientes en cualquier frontera. Traté de apoyar propuestas en las comisiones de asuntos fronterizos, haciéndoles seguimiento en ministerios y dependencias públicas en los 2 países. Orientamos la agenda hacia la libertad de comercio. Cuando llegó Noemí Sanín a reemplazarme encontró el ambiente despejado y fue fácil suscribir un Tratado de Libre Comercio. De ahí arrancó un crecimiento espectacular. Para Venezuela es vital el aprovisionamiento desde Colombia. Y es vital para Colombia el comercio con Venezuela.

¿Cómo ve el papel de Chávez en Colombia?

Fue muy hábil de Uribe introducirlo en el tema del acuerdo humanitario y poner en sus manos la posibilidad de ese acuerdo, vincularlo a tan grave problema. Así, Uribe demostró que sabe tomar decisiones audaces. Lo malo es que las Farc no tienen interés en que haya acuerdo. Con la gran victoria militar, como fue llegar al campamento del 'negro Acacio', el secretariado ya no es inmune; pueden ubicar sus campamentos y bombardearlos. Esa vulnerabilidad hace más útil que nunca mantener a los secuestrados como escudo protector. Por lo demás, la presencia de Chávez en Colombia es una incógnita. No estamos en capacidad de evaluar qué tanto significaría para él firmar en estos momentos un acuerdo con Colombia sobre el Golfo. Si suscribirlo afianza su liderazgo a nivel continental, es posible que lo firme, pues ha tratado de mil maneras asumir un liderazgo al menos en Suramérica. Pero si cree que prevalece la desconfianza de los venezolanos en firmar cualquier tratado con Colombia, no lo firma. La desconfianza se ha desvanecido. Murieron los del grupo que alimentaba los periódicos con informaciones tendenciosas y mantenía el tema como defensa de la patria.

¿Por qué poner ahora el diferendo sobre el tapete?

Fue una muestra de confianza de Pedro Gómez en Chávez; para que Colombia crea que Chávez es un amigo con quien se puede negociar. No sabemos si Chávez aprovechará esa presencia amable en Colombia para sacar ventajas y oxigenar su movimiento, que ya tiene células en pueblos fronterizos. Es casi inevitable que haya aquí un movimiento populista. Tenemos una opinión desinformada, sin claros puntos de apoyo, que se va por el camino fácil del populismo. Luego es posible que esa opinión diferente acoja a Chávez con simpatía.

¿Usted, un ex comunista, por qué es uribista?

No soy uribista, ni fui barquista. Los personalismos en política me producen malestar; le han hecho gran daño al país. Por el santismo, el lopismo, el llerismo, el turbayismo, el Partido Liberal perdió su ideario y que lo aceptaran las mayorías. Cuando no hubo personaje a quién seguir, López habló de la operación avispa. Ahí se acabó el Partido Liberal. Menos mal que César Gaviria,

capaz, con sentido político, con tenacidad y paciencia, lo está sacando adelante. Le irá bien en las próximas elecciones. En cuanto a Uribe, pues me pareció necesario un gobierno fuerte, porque si no las Farc acaban con el país. Por eso, 3 personas presentamos ante la Corte un alegato frío, sin adjetivos, para demostrar que por disposición expresa la Corte no podía pronunciarse sobre reelección. Hubo en contra 32 demandas y solo 2 defensas. Una fue la nuestra. En el fallo citaron casi de manera textual unos de nuestros argumentos. Admiro de Uribe la Seguridad Democrática. Pero no me gusta su estilo de gobierno: que no haya nadie sino él; que los ministros no cuenten, ni los deje aparecer. Me parecen útiles sus viajes a USA. Allá hace cosas. Y no trapecan con él, como dicen sus enemigos. Es peleador y pelea en el escenario en que toque pelear.